

NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

AÑO 7. ENERO-MARZO DE 2026

N.º 31



Foto: LiooLi Mixturas

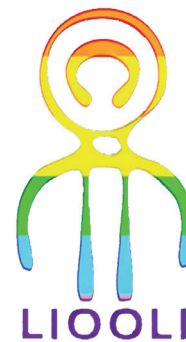
www.capplannetta.blogspot.com



LiooLi Mixturas

www.lioolimixturas.wordpress.com

www.cuadernodebidaxune.blogspot.com



N.º 31. Año 8
ENERO-MARZO DE 2026

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES

Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.



EDITORIAL XXXI

La imagen de las dos Españas la creó Antonio Machado cuatro lustros antes de la trágica guerra civil, incivil mejor habría que llamarla, en el poema LIII de Proverbios y Cantares, en *Campos de Castilla*:

Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios.
Una de las dos Españas ha
de helarte el corazón.

Aquella guerra y la dictadura que prosiguió, en efecto, acentuó esa división entre dos bloques principales. La realidad, luego, es siempre más compleja, aunque esa imagen de las dos España quedó latente como un tópico al que se alude aún hoy, cuando han pasado cincuenta años de la muerte del dictador y se inició un nuevo ciclo político y social.

No estamos muy seguros de que este periodo iniciado en la Transición, transacción para los críticos, y la posterior normalización del país, o adecuación más bien a los patrones de las democracias europeas, haya aportado realmente la proclamada reconciliación.

Pero esta es una cuestión en la que no vamos a entrar.

Nos interesa reflexionar sobre esa división que se dio con la guerra, los dos bloques, cada uno con sus rencillas internas, que las hubo, a veces trágicas, y luego la división definitiva entre la España del interior y la España del exilio. Miles de españoles se tuvieron que marchar del país porque sus vidas peligraban o se vieron restringidas por un régimen autoritario que, cierto, pasó también por diversas fases, aunque nunca se despojó de su autocracia.

Esta división afectó al mundo cultural. Una parte importante de los novelistas, poetas, artistas, intelectuales o cineastas marcharon de España, encontraron refugio en Europa o en América latina, allí desarrollaron su actividad. Dionisio Ridruejo, un poeta del bando sublevado, aunque años después se alejaría del franquismo y del falangismo, reconoció que la mayoría de la intelectualidad estaba con la República. Poco a poco los nuevos escritores, pensadores y artistas del interior retomaron su labor creativa, en cierto modo comenzaron de cero, aunque en realidad nunca se empieza de cero.

Claro que la separación de las dos Españas se aminoró bastante en el mundo cultural. A pesar de la división física, emocional e ideológica, muchos escritores y artistas de ambos bloques mantuvieron contacto entre sí, siguieron dialogando, levantando puentes, a menudo de un modo discreto. Dos ejemplos de estos vínculos afectivos lo reflejan a la perfección.

Entre 1945 y 1947, Leopoldo Panero fue director interino del Instituto Español de Londres, el que creó el régimen de Franco en la capital británica. Había otro Instituto Español, el que mantenía el Gobierno Republicano en el exilio, dirigido por Pablo de Azcarate. No pocos fueron los encuentros entre los dos, como los de Panero con Salvador de Madariaga o con Luis Cernuda, ambos exiliados en Londres en esos años. Felicidad Blanc, esposa de Leopoldo Panero evocaría años después los paseos con Luis Cernuda, los contactos entre los dos poetas que no estuvieron exentos de cierta tensión, pero que no fue óbice para una amistad profunda entre ambos.

El segundo ejemplo se dio entre 1965 y 1975. En esos años mantuvieron una intensa correspondencia Ramón J. Sender, refugiado en Estados Unidos, y Carmen Laforet, que en 1944 ganó la primera edición del Premio Nadal con su novela *Nada*. El escritor aragonés la había leído poco después de su publicación, hubo un intento de entrar en contacto con su autora, pero no fue hasta mucho después que se dio ese intercambio de cartas que reflejaban el mundo de ambos escritores. Además, por otra parte, Carmen Laforet frecuentó a Rafael Alberti en Roma donde coincidieron, el poeta siguiendo con su exilio, la novelista por una necesidad de escapar al ambiente cerril del país y también en busca de su lugar en el mundo.

No son los únicos casos, hubo otros, pero remarcamos estos por su notable valor. Ojalá este espíritu estuviese presente en otros ámbitos. Claro que no queremos idealizar esta situación: el exilio tuvo consecuencias anímicas tremendas, un sentimiento profundo de nostalgia y ruptura, y deformó bastante la visión de los exiliados sobre la situación en España. En 1969, Max Aub realizó un corto retorno tras treinta años de exilio en México. «He venido, pero no he vuelto», comentó a la prensa a su llegada, una afirmación que tuvo mucho de metafórico, tal como se refleja en *La Gallina ciega*, la reflexión sobre aquel viaje y en la que no reconocía el país que visitaba, era muy distinto al que se había figurado todo ese tiempo. Pertenecía al fin a un país que no existía ya. Algo parecido le ocurrió a José Bergamín, que no se adoptó a la transición, se sintió mero fantasma de sí mismo en aquella España postfranquista.

A los cincuenta años del fin de la dictadura, recordar esas dos Españas, la del interior y la del exilio, con la cultura como punto de encuentro, nos parece fundamental para entender mejor la realidad española, la de entonces, la de ahora.



CONTENIDO

RESEÑAS/ Berna González Harbour. Que fue de los Lighthouse	6
RELATO/ La cuesta. Juan A. Herdi	7
POESÍA/ El año sin Verano. Roberto M. Ballarín	9
RELATO/ Las flechas de Filoctetes. Roberto M. Ballarín	10
POESÍA/ A un milímetro de ti. Lincol Martín / Picotea la ausencia. Javier Olalde.....	13
POESÍA/ Vals de los otoños. Cecilio Olivero Muñoz.....	14
PROSA/ Vida andariega. Cecilio Olivero Muñoz	15
PROSA/ Todo cansa. Cecilio Olivero Muñoz.....	16
PROSA/ No escatimes en sonrisas. Cecilio Olivero Muñoz.....	17
POESÍA/ Recreando sueños.... Bertha Caridad	17
POESÍA/ Deslumbrada amanecí. Bertha Caridad / Qué será de ti. Lincol Martín / Utopía. Javier Olalde.....	18
POESÍA/ Los niños sensibles suelen llorar a solas. Manuel Lacarta	19



Por JAH

**BERNA GONZÁLEZ
HARBOUR**

**Que fue de los
Lighthouse**

Ediciones Destino, 2025

La muerte del patriarca de los Lighthouse parece poner patas arriba la normalidad de la familia. Fallecida su esposa años atrás, la misma está formada por Arthur, el hijo mayor, científico eminente y activista en varias causas, las hermanas mellizas Jane y Joyce, que viven respectivamente en España y en Francia, y Benjamín, el pequeño, actor y de vida un tanto amoral. Se unen a ella los conyugues respectivos, sobre todo Martha, la esposa de Ben y que ha cuidado a Everett, el patriarca, durante su enfermedad, los hijos, una amante de Ben, Ann-E, con un papel esencial en la trama, y también Asha, la criada africana, y su hija Amina, consideradas como de la familia, aunque lleven lustros viviendo fuera de la casa común.

Son una familia bien integrada en los entresijos de la realidad política y social de Gran Bretaña. No en vano, Everett Lighthouse sirvió como veterinario y alto funcionario en el Servicio Colonial británico en Tanganica y regresó, junto a su esposa, su hijo mayor nacido allí y su criada Asha y a Amina, a la metrópoli cuando se inició el proceso de independencia de la colonia.

El testamento descoloca a todos y los enfrenta a secretos familiares, algunos conocidos y medio ocultados, otros a punto de descubrirse, todos ellos hirientes y que harán tambalear el aparente orden en que han vivido hasta ese momento.

De este modo, la novela es el relato de una crisis familiar que empeorará a medida que se van descubriendo

nuevos secretos o se agravan aquellos que han permanecido semi ocultos. Pero es una crisis, además, que transcurre paralela a la que se da en el Reino Unido, donde todo parece derrumbarse, los servicios públicos, la estabilidad política del gobierno, la economía del país, mientras el debate se centra en el Brexit, ante un referéndum en el que está en juego la identidad nacional. Ante ambas crisis, se rememoran antiguas grandezas, las de la familia, rememoradas por los hermanos, y las del Imperio, momento esplendoroso de un país que ha gobernado —«civilizado»— medio mundo, aunque en todas estas grandezas evocadas con nostalgia aparecen también demasiados claroscuros.

Estamos por tanto ante una novela en que la atmósfera resulta fundamental, está descrita con suma elegancia, y en el que destacan todos los personajes, bien delineados todos ellos, sin que haya juicios desde la narración, no hay valoración en lo que se expone, sino que será a todas luces el lector quien apreciará sus actos a medida que avance el relato. Todo ello además con una prosa precisa, bien medida, sin más ornamentos que los hechos que se entrelazan con naturalidad, pero sin perder por ello intensidad. El lector quedará atrapado por una historia que le confrontará a los múltiples reflejos de un tiempo, un país y una familia con demasiados frentes hirientes que no podrán permanecer ocultos y que nos enfrentarán irremediabilmente a un presente que es, al fin, su consecuencia.



Por Juan A. Herdi

La cuesta

Hubo que subir una cuesta empinada para llegar. Fede me dijo, justo cuando ya contemplamos las primeras chabolas, que por el otro lado era más fácil, cruzabas Uretamendi y no había más que una rampa nivelada que daba a su propio chamizo. Pero hay que dar demasiada vuelta, añadió de inmediato, como si tal cosa. Pensé que ya le valía, que tampoco teníamos prisa y que me hubiese podido ahorrar aquel suplicio, pero me callé. Sobre todo, porque se me iba el aliento en el esfuerzo de subir y además no le podía reprochar nada, bastante hacía ya por mí.

Pero nada más ver el humo y oler a quemado, a madera fresca ardiendo, sentí alivio. Al fin llegábamos. La luz se atenuaba poco a poco por la anochecida inminente y porque el día había estado nublado desde la mañana, con ese tono plúmbeo de Bilbao cuando atravesaba el otoño y faltaba poco para diciembre, para que acabara ese año, 1969, que nunca olvidaría.

No era pequeña la cantidad de árboles que de pronto nos sumergía en una penumbra mayor. Habían colocado la barriada en la parte más recóndita, como si sus pobladores pretendieran ocultar en lo más retirado de la montaña aquel andurrial levantado en una sola noche. O tal vez porque no quisieran saber nada de los de la barriada cercana.

Vi algunas sombras cruzar ante las primeras chabolas. Una mujer, la primera de entre todos los pobladores, saludó a Fede. Todos nos miraron entonces y vi que me observaban de reojo, sin duda con no poco recelo. Los desconocidos producían desconfianza, aunque llegaran, como era mi caso, guiado por el cura, el Padre Federico. A esas alturas, ni siquiera iniciada nuestra amistad, ya me había pedido que le llamara sólo Fede. Quizá pensasen que le encañonaba para que me llevara hasta ahí, aunque era absurdo: si la policía o los civiles hubiesen decidido asaltar el lugar y

yo fuera uno de ellos, serían otros los métodos. Fede saludaba y me presentaba con mi nombre ficticio a los que ya eran sus propios vecinos desde hacía meses e iban a ser los míos, no sabría decir por cuánto tiempo. Él se había trasladado al enclave hacía casi un año, después de decírselo al Obispo. No se trata de ayudarles desde fuera, le dijo, sino de ser uno de ellos. Y el Obispo le dio su bendición. Aunque aquello, no cabía ninguna duda, podía calificarse de una locura, pero sobre todo de una provocación: al gobernador no le hacía ninguna gracia que esos «curitas jóvenes», así les llamaba, jugaran a ser subversivos. Es los que le había contado al Obispo un funcionario de misa diaria, bigote recortado, gafas de pasta y mirada insegura, tras habérselo oído decir al gobernador, de eso ya hacía algún tiempo. Los bien pensantes se escandalizaban por la actitud de aquel puñado de curas, aunque lo escandaloso, pensó el Obispo, era sin duda que existieran aquellas chabolas, tantas, que eran ya una ciudad paralela.

Todo esto me lo contó Adela, en su casa.

Fede apuntó hacia la última. Esa es la mía. Cuando me abrió la puerta, me dio la bienvenida. Me sonó a broma, pronto me daría cuenta del tono sardónico que empleaba el cura. El humor no está reñido con la fe, afirmaría unos días después, cuando mordaz también yo le reproché su ironía. Entré y el olor a tierra mojada se intensificó, como si se concentrara en la pequeñez del interior, un espacio dividido por biombos improvisados. Tú dormirás allí. Me señaló el lugar con la cabeza. Dejé la bolsa junto a la pared, con el perfil del puma de su logo sobre las letras, apenas visible ya en la penumbra más intensa aún en aquella pieza.

No estaba muy seguro de que aquel fuera el lugar idóneo para esconderme. Era como meterme en la boca del lobo, aquel poblado de chabolas



que podía estar vigilado por la policía y que también había empezado a llamar la atención de la brigada político-social debido a la actividad de aquellos curas con fama de rebeldes y simpatías sospechosas. Pero no me quedaban muchas opciones y fue Adela quien me convenció. Sabía de lo que hablaba, su familia, crítica a esas alturas con el régimen, estaba estrechamente vinculada a la Iglesia Católica y sabía qué teclas tocar. Habló con su tío, director del seminario, quien a su vez le habló a Fede, sin duda el más adecuado para ayudarme, le dijo a mi amiga. Tenía fama de conservador, nada atraído por los nuevos aires, aunque de una sensibilidad enorme por los perseguidos, un entusiasta del Sermón de la Montaña, sin que yo entendiera muy bien todos aquellos matices. Fue la propia Adela quien le habló de mí cuando quedaron a instancias de su tío y le contó mi situación desesperada. No podía regresar a casa, estaban convencidos los policías que me perseguían de que yo era una especie de Lenin que iba a llevar a las masas a la revolución bolchevique, exageraban a todas luces, y no tenía forma de salir de la ciudad, que se convertía al mismo tiempo en mi mejor escondite.

—Pero por qué buscan a tu amigo.

Algo de alarma se había vislumbrado en el rostro del cura.

Por un momento Adela se preguntó si era adecuado contarle mi historia, aunque no fuese ésta para impresionar. Tampoco es que hubiera matado a nadie, ni siquiera era yo partidario de la lucha armada y eso me había dado algún que otro quebradero de cabezas con las diferentes facciones de la ciudad. Pero era empezar mal mentirle al cura que me iba a esconder, quién sabe por cuánto tiempo.

—Es trotskista, padre.

Mientras esperábamos a que Fede me recogiera en la lujosa casa que me servía de refugio, mi escondite provisional, sin que se enteraran los padres de Adela, la casa era lo bastante grande, mi amiga me contó el interés que mostró el cura por el trotskismo. Vamos a ver quién catequiza a quien, me soltó divertida mientras oíamos el timbre con que se anunciaba mi salvador.

—Supongo que estarás cansado. Ya mañana te enseñé el lugar.

Dudé en preguntarlo.

—Qué ha contado usted sobre mí. Al fin y al cabo, aquí sólo entra gente conocida, si no estoy equivocado.

El cura sonrió burlón.

—He dicho que acabas de salir del seminario y que has pedido venir aquí.

Me contempló un instante, como si esperara alguna reacción por mi parte sobre mi aparente y repentina condición sacerdotal. Noté su sonrisa sardónica.

Pero, ¿qué podía yo decir? ¿Qué mentir era un pecado, tal vez un pecadillo si con ello me salvaba la vida?

Me dijo entonces que iba a darse una vuelta por el poblado, que a esa hora la gente hacía piña ante las casas y se charlaba, así que lo mejor era salir a comentar las novedades, entre ellas la mía. Le pregunté si no sería conveniente que yo le acompañara en aquella presentación, aunque no tuviera nada claro cómo presentarme. Me dijo que no, que él se ocuparía, habrá tiempo para eso, añadió.

Me contempló un instante, bajo la luz tenue de un quinqué colocado en el centro de la sala.

—Y ya le puedes pedir a San Trotski que se apia-de de ti y que te proteja.

Oí su risa franca al salir de la chabola, mientras le veía desaparecer en la noche ya cerrada.



El año sin Verano

Cuando llegue el verano,
decías.

Cuando llegue el verano
iremos juntos,
juntos de la mano.

Deseé ser feliz,
y quise que, cuanto antes,
el invierno pasara.
Que terminase aquel prodigio
albo,
opaco, blanco.

Vino después
el cielo de primavera,
tan limpio, tan ancho.
Y yo, que deseaba ser feliz,
sólo quería
que se acabara aquel milagro
de agua,
verde y rosado.

Pentecostés y el solsticio
acortaron, al fin,
las noches;
las sombras de los días
se alargaron.
Ya viene, ya viene,
ya lo anuncian los vencejos
y pájaros.

Deseé aún la felicidad
buscándote entre los trigos
entre acequias, luceros, campos...
Y también te busqué,

cada noche,
bajo el cálido helor
de los astros.

Pero tú ya no estabas.
O quizá quien ahí me miraba
ya no eras tú.
Seguramente, yo tampoco.

Doradas hojas muertas,
gélidos atardeceres pardos...
Lo vi en ellos cuando te encontré:
suave, delicado, hermoso.
Estaba el otoño en tus ojos.
No —no llegó para nosotros.
No llegó nunca aquel verano.



Por Roberto M. Ballarín

Las flechas de Filoctetes

Encajo la flecha y armo el arco. En las violentas sombras de los muros —en las paredes que gotean como clepsidras— el tiempo se detiene. Apunto, tenso la cuerda, cierro los ojos y dejo ir la flecha: llega al centro exacto de la diana. Pero, aun así, sé que he vuelto a errar.

Me llamaron medroso. Me llamaron encogido. Me llamaron cobarde —no con palabras, a las que hubiese respondido con mi espada—, sino con la expresión en el rostro de los taxiárquidas y con las risas apenas disimuladas de los demás oficiales. ¿Cobarde yo, su comandante? ¿Yo, que los hubiese guiado al triunfo y lo habría compartido con ellos? ¿Con esos ingratos! Fue la mordedura de una serpiente lo que desvió mi destino, pero creyeron que yo mismo busqué sus colmillos, prefiriendo la víbora al combate. Algún día alguien deberá cantar mi desdicha y limpiar mi nombre.

El sol escarlata apenas se alza sobre el horizonte. Tiñe de óxido, púrpura y oro las torres laberínticas de mi refugio. Esta extraña isla estuvo una vez habitada. Sus murallas relucen como plomo iridiscente, como cristal de plata primigenia. Terrazas sobre terrazas; pináculos sobre pináculos; galerías abiertas; anfiteatros ortogonales encajados los unos sobre los otros. Peñas arriba se alza un viejo templo dedicado a Heracles y, en alguna parte de las cumbres, hay un nido de águilas. Deambulo por los pasos de guardia desiertos, por los adarves demolidos y los fosos cegados, invadidos de malas hierbas. Los estrategos de la capital decían que este desolado islote era la posición más privilegiada: la que, como un cerrojo de piedra, se interponía entre el enemigo y la patria. Al atardecer miro hacia el este y, en la lejanía, veo el resplandor de la batalla a la que no pude acudir. Un día más me pregunto quién pude haber sido allá; qué clase de hombre hubiese sido yo allí, si cobarde o héroe.

Descalzo y vestido con una simple túnica, como un esclavo, armo el arco una y otra vez. Apunto, cierro los ojos, dejo de respirar, tenso la cuerda y la suelto. La flecha alcanza el centro. Y, sin embargo, vuelvo a fallar.

En este patio, justo donde me sorprendió la serpiente, yace mi armadura. Me la quitaron para limpiar la herida y ahí sigue, resplandeciente bajo el sol. A los médicos pronto les asqueó el hedor de la carne y, poco a poco, sus atenciones menguaron. Comenzaron entonces las miradas desconfiadas y los rumores crueles: «No es una herida mortal; es una herida oportuna». Cuando terminaron de hacer la aguada y de ultimar los planes de ataque, me dejaron aquí. Me abandonaron. Les rogué que no lo hicieran, que podía pelear, pero no sé qué pronuncié durante la fiebre. «Volveremos», gritaron embarcando en las naves, hinchadas por el viento. «Os estaré esperando», pensé yo. Quedé solo, con apenas un poco de su agua y de su pan con los que pretendían excusar sus conciencias. Estaba condenado por la gangrena pero creo que fue la furia quien consiguió vencerla. La furia, que salió desde el mismo centro de mi alma, recorrió mi cuerpo hasta la herida, expulsando el veneno; transmutándolo en otra cosa aún más mortífera. Sobreviví gracias a la voluntad y a la rabia. Si ellas consiguieron devolverme la salud, el arco y la flecha me devolvieron la cordura.

El tiempo transcurre despacio. Veo la sombra del águila sobre la tierra. Miro hacia arriba y contemplo su planeo. Apunto. Exhalo; la flecha asciende hasta agotarse en el cielo y cae después en una parábola cerrada, clavándose en este mismo patio, justo donde está la sombra de ave. Vuelvo así a errar el tiro.

Aquí sólo hay quietud y soledad, como en una prisión. Pero yo, Filoctetes, no soy un prisionero. Podría haber escapado hace tiempo, cuando





lo hubiese deseado. Debo esta resolución a mi naturaleza noble. Aprender a morir fue la única enseñanza que mis maestros quisieron dejar en mí: saber cuándo hacerlo, cómo y por qué. Quizá ese saber sea imposible, pero es lo único que nos distingue del vulgo, que se agarra a la vida y a sus ilusiones con desvergüenza y profundo egoísmo. Por la noche, desde los baluartes, contemplo la lumbre de la lejana batalla. Comprendo que nadie puede arrebatarme la gloria a quien está destinado a ella. Tarde o temprano, todo hombre tiene su batalla que librar: la única, la inevitable. De ella no se puede escapar. Viene al encuentro, esté uno donde esté, y hay que estar preparado. Los héroes tienen el privilegio de enfrentarla muchas veces y de morir muchas veces. Yo sólo aspiro a una única victoria. Armo el arco. Arco y arquero somos uno. Respiro hondo. Flecha y arquero somos uno. Libero la flecha. Diana y arquero somos uno. Perfeccionar el disparo llevaría catorce vidas, pero no tengo tanto tiempo. Ellos tampoco; ellos ya no lo tienen. Vuelvo a fallar una vez más acertando en el centro de la diana o en los animales que me sirven de sustento. Siento vergüenza de mí mismo por aferrarme a la existencia de esta manera, pero aún tengo algo que culminar. Veo la sombra de la rapaz en el suelo y tenso de nuevo el arco con dos dedos, como si pulsara una lira; apunto al blanco, al cielo, al águila. Cierro los ojos, escucho las palabras de mi padre, suelto los dedos... La flecha vuela y, en ese instante, ni mi pensamiento ni mi intención pueden ya guiarla. La flecha alcanza su punto más alto y, después, inicia su caída sigilosa. Abro mi túnica y mis brazos para recibirla en el pecho, pero cae en el suelo, a mis pies, cimbreada en la sombra que aún arroja el águila. El tiempo sigue corriendo. Miro el horizonte en el crepúsculo oscurecido, al relampagueo de esa tormenta de verano, sorda y seca. Ya no lamento no estar allí.

Un día regresaron. Eran sólo dos hombres. Quise matarlos, pero dejé que hablaran. Venían a rogarme que detuviese una catástrofe. Ganar la guerra era ya imposible, pero podíamos evitar que nuestros enemigos nos aniquilaran. Si ellos alcanzaban esta isla, todo estaría perdido. Las velas enemigas se acercan, hinchadas por el

viento. Ya están aquí, ya llegan. Que atacara a su príncipe cuando desembarcara, me dijeron. Que me ocultara tras las columnas caídas y los matorrales espinosos y le lanzara una flecha envenenada que apenas le rozara el brazo o el muslo. Una flecha traidora que no se le clavase en la carne. Que le mordiera como una serpiente y le provocara una herida vil. Así se creerían los extranjeros privados del favor de sus dioses y abandonarían la empresa... Pero, ¿acaso había gloria en eso? No, ninguna. A un bien nacido no se le puede matar así. Un rey merece una muerte digna y, si debe darle muerte una flecha, que sea en el corazón... Insolentes. Primero me consideraron cobarde y ahora querían que matara como un criminal; me ofendían dos veces. Los maldije, los golpeé y, cegado de rabia, casi acabo con sus vidas.

Pero insistieron. No al corazón, no al pecho. Su desesperación los había hecho supersticiosos y crédulos a la voz de un terrible oráculo: «Será una flecha errada, lanzada por un arquero que ya esté muerto». Oigo aún el eco de sus pasos y sus voces reverberando por las galerías. Se lamentan de que ya no hay nadie más para hacerles frente, que todos han sucumbido. Que el enemigo viene. Hablan del honor, de la patria, de los inocentes... «Ahora todo depende de ti y de tus flechas», me dijeron. Son las últimas, las decisivas. Son la salvaguarda de la nación. Nuestra estirpe perdurará sólo gracias a tu arco. Una palabra tuya abrirá la tierra y tus flechas se elevarán furiosas, rasgando el cielo, como aran la arena los dedos de la mano... Esos hombres, que me habían abandonado dándome por muerto, ya no eran los mismos. No había soberbia en su mirada, sino histeria y pavor. Ruegan y suplican sin decoro. Incluso ellos ignoran quiénes son, quiénes fueron. Les digo que se callen; no quiero escuchar sus súplicas; quiero silencio. Quiero acabar con sus vidas y cumplir mi venganza. Apunto el arco contra ellos; comprenden que van a morir y no les importa. Y las cóncavas naves del enemigo ya se ven en el mar azul; ya se distinguen sus estandartes, las filas de remeros, los espolones afilados... Qué me importa todo eso. Mis ojos se nublan y tenso el arco.



En ese momento, a pleno sol, un relámpago estalla en el cielo y golpea la tierra. Es Heracles. Aparece Él ante mí, que sólo soy un despojo. Su figura refulge; su mirada me devuelve el orgullo. ¿Qué quiere de mí? Su voz no puede ser ignorada. Su voz no se puede desobedecer. No quiere la venganza. Quiere la gloria. ¿Y cómo será esa gloria? ¿Será la victoria o la aniquilación? ¿Será tal vez el silencio absoluto que ansío? ¿Cómo será mi salvación? Pero Él sólo ordena que cumpla con mi propósito. Y obedezco; sólo a Él obedezco. Tizno mi cuerpo de hollín y ocre y me oculto entre los capiteles derruidos de su templo, sobre el pedestal de la estatua destruida que un día lo encarnó. Ya desembarcan; ya suben por el sendero. Será su comandante quien llegue primero para tomar posesión de la isla, del templo y del poder sagrado del héroe inmortal. Veo su yelmo emplumado y su coraza refulgente, con todos los resquicios y juntas vulnerables. El corazón sería un blanco fácil. Una serpiente se enrosca entre mis pies, pero la ignoro. Encajo la flecha en la cuerda. Inspiro. Apunto, tenso el arco hasta más allá de su límite —la madera se queja—; libero los dedos y el aire vibra. Vuelvo a fallar, pero Heracles queda complacido.

La amenaza se desvaneció así, como el despertar de un sueño. Los dos visitantes me reverencian como si yo ya no fuera mortal, sino algo más elevado; algo casi divino. Ordeno que se marchen. Quiero soledad. Quiero los pétreos ecos de mi isla. Pero antes les pido, como única merced, que me vistan la armadura. Ellos, tan nobles de nacimiento como yo, la limpian y la colocan, pieza a pieza, sobre mi túnica limpia, sobre mi cuerpo purificado. Mi armadura queda habitada de nuevo y parece reconocer a su huésped. A lo largo de sus venas y nervios fluye un icor de metal líquido que incendia el grabado de las flechas de Heracles, cinceladas en el guardabrazo izquierdo. Relumbran, cobran vida, palpitan. ¿Era esto la gloria que buscaba? Siento que no es así. Ignoro el porqué, pero ya no quería respuestas. Todo lo que necesitaba saber me lo había enseñado el veneno de la serpiente.

«Marchaos». Toda una vida queda justificada si uno es capaz de pronunciar una sola palabra con

el tono adecuado. Y se fueron, al fin, con reverencia de asombro, respeto y agradecimiento. El más avieso de ellos prometió que contaría mi historia, que afamaría mi nombre. Me negué a escucharle, porque siempre mentía, y me alejé entre las sombras del poliedro laberíntico de la vieja fortaleza, donde las humedades de sus pasadizos devolvieron la vida al tiempo. Al fin quedé solo.

Aguardé entre las murallas, vigilando el horizonte, el cielo, la tierra bajo mis pies. El águila en el cielo, la serpiente en la tierra. Un día esa batalla inevitable vino a mí. Velas enemigas en el horizonte: el día largamente esperado. El sacrificio último en el altar de Heracles. Ya vienen; ya desembarcan. Ya se ve la armadura de quien los lidera. Viene hacia mí, con el yelmo descubierto y el arco armado, como yo. Se acerca más y se deshace de su coraza con hombría, desafiando cualquier peligro. Nos desafiamos a combate mortal y aceptamos el duelo. ¿Quién de los dos será el héroe, quién el cobarde? Avanza hacia mí y yo hacia él hasta quedar cara a cara. Ahí está el temido adversario. Reconozco su rostro: es el mío. Peleamos a muerte. Quedamos exhaustos por la lucha. Nos rendimos. Nos atacamos de nuevo y nos abrazamos hasta desaparecer, vencidos ambos uno en el otro; reunidos en un solo ser. El tiempo vuelve a detenerse, ahora para siempre. La sombra del águila planea en el suelo frente a mi exigua sombra. Apunto a la vertical del mediodía y, en un único y grácil movimiento, tenso, contengo la respiración y libero la cuerda. Arco, arquero, flecha y diana somos uno; siempre lo hemos sido. El hilo de nuestros destinos es el mismo. Es el disparo perfecto. La flecha alcanza el cenit, donde muere, y renace después en su caída. Dejo caer el arco, recuerdo las palabras de mis antepasados, cierro los ojos y abro los brazos para recibir el impacto fatal que me reunirá con ellos.

—Escucha, Telémaco, hijo mío —dice el veterano de aquellos días, el hombre de muchas mañas e ingenio—. Escuchad todos y creedlo: Filoctetes nunca erró el camino de sus flechas. Nunca, salvo una sola vez. Y, haciéndolo así, nos salvó a todos.

A un milímetro de ti

¿Por dónde escapar?
Si las palabras
preguntan por ti
y en cada paso
suspiros abrazan la ilusión.

¿Por dónde seguir?
Si en mi cabeza estás
y tu mirada es la luz
que guías mis pasos.

¿Por dónde subir?
Si el cielo queda
a un milímetro de ti
y el mejor camino es...
llegar a ti.

Picotea la ausencia

Picotea la ausencia
de los pájaros
entre las horas del jardín.

Alguna vez
miramos las estrellas
porque tampoco es nuestra noche.

El agrietado banco del jardín
y el estanque,
la estatua del jardín.

Menos el sol,
está roto el jardín,
hasta la soledad.

Alguna vez
ahorcamos el silencio,
amamos todavía.



Vals de los otoños

A todos aquellos inmigrantes dignos en su trabajo y en el honorable empeño de luchar por los suyos.

En aquel duro otoño tu piel
huye del sendero de hiel
y recuerda allá tan lejos
lo que pudo haber sido
y no fue.
Vuelan pájaros sin nido,
huyes de todo ese ruido,
huyes con la fiesta y el despido
cogiendo un camino cualquiera,
buscas tu paso en otra acera.
En el otoño tu piel
y tu sangre se ponen de pie,
y un ángel del cielo ha caído
debió de ser ángel herido,
por que la luna nunca es fiel
aunque le da una llave al ser,
da una ruina y da una calle,
da sonrisa al corazón que vale,
da un laberinto y da una ciudad,
da un vals que por necesidad
tú encontraste sin buscarlo,
tú hallaste sin esperarlo.
Conoce la noche un lugar,
conoce la luna este vals,
este vals de perla y sangre,
este vals de patria y coraje,
este vals de espuma y oro,
este vals que poro a poro,
respira de tu mismo aire
sin la culpa donde nadie
puso testigo a tu querer
y coge rumbo hasta volver,
y lleva esperanza, zapatos y traje
y lleva ilusiones en su viaje.
En los otoños golpea el viento
y todo un año sin tu aliento,

dejando atrás familia sin casera
su lugar es una patria cualquiera,
sin descanso es la soledad,
lo sentido es todo humanidad,
toda esta canción de fuego
es pura lucha que jamás niego,
porque en el otoño tu piel
huye del sendero de hiel,
pues no pretende descansar
tan lejos de su hogar,
halló tan repleto el motel
y todo ese recuerdo aquel,
que le pregunta tanto por ti
y vive casi sin poder dormir.
Esa nostalgia es también
esa risa que en toda tu sien
retumban mil cascabeles
y huelen a sombra tus mieles,
pues llegando todo a ti huele
y el recuerdo también duele.
Este vals es llaga y remedio
para ocultar todo tu tedio,
por que dejar tu patria hiere
y algo adentro se te muere,
te golpea el dolor en medio
y el alma es un incendio,
donde perdura sólo un recuerdo
y el olvido camina lerdo,
por que la patria es la madre,
la patria adentro te nace
y en ella está la casa, el amigo,
todo un mundo que es testigo
de tus pesares y correrías,
de todos tus mejores días,
de los años contados con dedos,
de todos tus mejores recuerdos,
en ellos se resume tu vida
y toda una vida vivida y sufrida.

Vida andariega

Que los iracundos se quiten del vicio, que no te digan que estás tieso ni misio, que los zangolotinos se retuerzan del pedo y los frigododos se queden sin frigo, que los altaneros no huyan del cisco, y a los petulantes les saquen el dedo. Puedes ver el gas de mis sueños, en los rasos y parnasos que sueñan risueños, que no te acusen de perder los nervios, cuando los nervios los tienes de acero. Va la vida entre la voz de pedigüenos, y pacto entreacto de caballeros, ningún matrimonio se echa de menos y los novios se revuelcan en los trasteros, y en los lapsus de otoño y en gas de queroseno, que nadie es manta y todo el mundo es bueno. Que se hagan clemencia todos tus desvelos, que nadie te amargue con usado caramelo, que no goces del llanto de los vigores de antaño, que del árbol caído no caigan los leños, y de tus dulces desvelos no pierdas los sueños, que no te amodorres en el monte de Venus, ni del empalago de amargos orzuelos, que no te amilanen umbrales lóbregos, en la latitud refrescante de todos tus sueños, ni te digan

lo que fuiste antes sin serlo, ni que te den morriña constante y sonante, que no te castiguen con repetidos y vacíos versos, que no te sometan los palos en serio. Que no te desmientan entre mareas bajas, pues yo me bajo si de ti me mareo, que te den repelús todas las zarandajas, que en resumidos cuentos están en rebajas, tropiezos se trazan con todos los retos, que este mundo no sea un total vericuello de charnegos y maquetos, de urbanistas y paletos, el jamón de los pobres es chópéd en rodajas. Que no rompamos las dobles barajas, ni los dignos consejos, que nos enseñen a ser un loco embeleso, que no creamos en las viles patrañas, ojalá que volvamos a echarnos de menos, que no nos den a todos remilgo y falsa esperanza, que somos de pan y de sobrasada, que no ardamos detrás del ardiente beso, que no nos quiten las pasiones más bajas, que vivamos juntos en el lugar del deseo, y que nos expulsen de sobras y migajas, que no nos rompan los sueños de velcro, y que no nos legitimen a jugar sin ventaja.

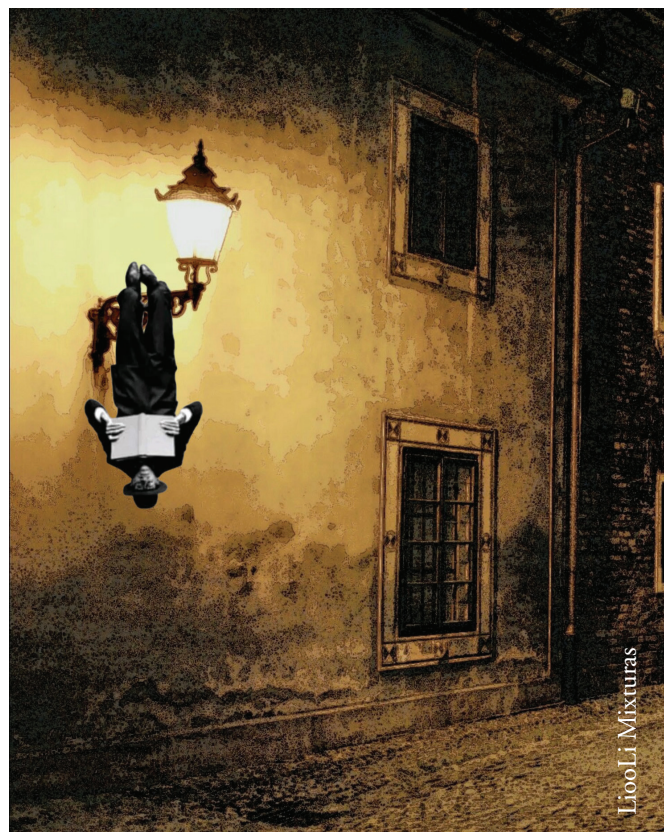


LiooLi Mixturas

Todo cansa

Todo cansa y se cansan, para aquellos que dieron su brazo a torcer, cuando la virtud de los ojos cerrados abría más puertas sin la ebriedad dulce y juvenil de los que mastican madroños y se enjuagan la boca con ellos. Todo cansa. Cansa hasta el epitafio desnutrido de gracia que hace crecer el musgo. Cansa la acuarela teñida de bocetos e inscripciones. Cansa la madrugada para los que buscan su nombre en los bordados de mantelería. Cansa la vida putrefacta de aquellos que se arrancan padrastrós con la boca y los dientes. Cansa la efeméride deshabituada de cloruros y de cloroformos que desmayan a las criadas vírgenes de inocencia. Cansa, siempre cansa, esta manera de vivir mirando el origen que fingen los descabros y los vulgares apellidos en las sinagogas, las mezquitas y las iglesias buscando la sombra de los templos fantasmagóricos. Todo cansa y dios lo sabe. Por eso nos invita a probar el beso negro que sentencian los acreedores y los propietarios. Todo cansa después de entusiasmarse. Todo cansa y dejamos en los rincones bostezos mojados donde brota la saliva de los que se tatúan el pensamiento que a tantos cansa. Todo nos cansa amigos. Doce taquicardias desmantelan el aullido de los te quiero y un infarto repleto de violencia hace callar a los fieles sin su aroma a pachuli. Todo cansa, todo cansa. La voz de los inmigrantes se vuelve amarga y miedosa como una almendra joven y sin lo maduro de estar completa. Todo cansa, todo cansa, mientras se intuye que otro diluvio ha de venir en la sequedad desmantelada de los riachuelos. Los parajes fluviales se despiden con nenúfares en el barro agrietado de la tierra. Los yermos despertares nos empujan al cansancio.

Un pájaro disecado se siente solo y cansado de tanta pantomima y de toda broma que ennegrece los funerales. Cansa la muerte y cansa la vida. Cansa la vigilia y el sueño. Cansa el amor y el odio se disgrega de la entraña como un espárrago asilvestrado. Todo cansa entre las mortajas que para nada han de servir cuando el formol retenga los miembros y los fetos de la vida que es cosecha fría y muerte interrumpida. No llueve a gusto de todos y también cansa la dieta de empalagosa pastelería mientras a los niños de extrarradio los engulla la bollería industrial. Lloramos en un letargo de cansancio y morimos cansados. Por eso el Eclesiastés nos dice que no hay nada nuevo bajo el sol y que el hombre, la mujer son vanidad. Vanidad y soledad aunque con la compañía perecedera que cansa a los condenados al patíbulo, donde no hay lo que se cree que hay.



No escatimes en sonrisas

Mi madre me aconsejó que no escatimara en sonrisas, ya que no se sabía a quien podían ayudar. Siempre habrá un alma escuálida y deplorable que necesite una sonrisa sin que te la pida. Decía ella armónica, cautiva y precisa, y yo me dejé llevar, con esa premisa al viento de mi corazón. Yo tocaba los timbres de todas las puertas, implorando un trocito de cielo y de mi cayeron sustancias y verbos. Sin saber, e ignorándolo todo. Tocaba timbres a la espera. Sin saber que no solo me estaban oyendo, sino que me estabas viendo, viéndome todo. Ignorante preludio de la mañana, increíble en esperanzas e irresistibles ambages hacia tus adentros. Imposible entre la verdad y la parodia de lo que resulta cierto. Sonríe, mañana, que de hiel y menta es

tu firmamento. Sonrojada por hielos en punta y reclinados bostezos, resuelve el alma tuya en las postrimerías del pasado y el hasta luego. Inocente mañana, te cambiarán por camisas blancas y rojizos orzuelos, y te pedirán limosna rota de ganas por no vestirse de puertas adentro. Sola te quedaste en el pollete pues no había amigos, manos en el hombro de consuelo, y todo a tu paso serán cayos sin huella y unos tristes juanetes. No escatimes en sonrisas, sé amable, dócil y elocuente, que poco a poco verás nicotina en los encarnizados puentes. Ponte de domingo una flor y acuéstate en el presente, pues verás emitir la canción repleta de acuarelas, contrastes en los dientes y una mitad de ginebra gimiente entre las esferas y las aguas fuertes.

Poema de Bertha Caridad

Recreando sueños...

Recreando... la inocencia del ayer
palabras claves hallé
en el camino
cual piedrecitas luminosas
en las noches, y en mis leves pasos,
me complacía
escuchando los sueños al cantar,
miraba al cielo,
y con el susurro del viento...
respiraba
en momentos imposibles de olvidar,

sentía
en la piel la melodía del cielo
diciendo...
traigo imágenes con brillantes colores escondidos
y palabras oscuras que se perderán...
en el pensamiento;
cautivarás el olor, y el nuevo sonido...
del tiempo,
recreando la inocencia
del ayer
¡renacerán las emociones en su andar!

Deslumbrada amanecí

Deslumbrada amanecí...
tejiendo sueños diferentes,
liberándome de la agonía en el silencio,
de la vida entre penumbras,
de escuchar los lamentos...
del pensamiento,
las plegarias sin consuelo,
el llanto, el miedo, la perfidia
con huellas invisibles en las noches,
y... nada más;
hoy, después de ver flamear

en la tiniebla tristes sentimientos;
hago una pausa
desvío el camino, y paseo...
entre hojas secas, por un lago,
entre árboles que cambian su color,
sus mudas reales seducen,
enamoran, dan brillo a la mirada,
y en el cielo renacen almas buenas
en cada meditación; tranquila voy...
¡Imagino abrazar montañas, y el lago!

Poema de Lincol Martín

Qué será de ti

Mientras la noche se diluye
entre sábanas de seda
y el frío se recuesta
en su regazo con sigilo.

Qué será de ti y de tus pasos.
será que el frío los alcanzó
y ahora en vez de latidos
solo golpes quedan
en el corazón de la noche.

Qué será de ti
que no hay silencio
donde una mirada
no pueda esconderse.

Poema de Javier Olalde

Utopía

Casi nunca elegiríamos
ser grandilocuentes
o inmorales
o jóvenes.

Solo el paisaje necesario
y nosotros,
pacíficos,
acompañados en la hora
de algún reloj inmóvil.



Los niños sensibles suelen llorar a solas

Los niños sensibles suelen llorar a solas
esquinados en un ángulo del patio
mientras miran rodar el balón y nadie
les pasa la bola la ola la esfera redonda
del reloj en que jugar al fútbol con todos

Los niños sensibles suelen llorar a solas
coleccionan en secreto flores y mariposas
buscan con el corazón una niña rubia
y para tomarla de la mano delicadamente
y para beber sus lágrimas de niña triste
construyen andamios construyen
escaleras de caracol construyen tal vez
inmensos nidos de plumas blancas

Los niños sensibles suelen llorar a solas
no pueden ver el mar en los atardeceres
a veces sienten una profunda nostalgia
y no saben de qué yo no sé de qué
a veces digo se sientan en un banco
y se les queda la mirada como ausente
sin estar mirando a nada en concreto
no pueden ver el mundo con esos ojos
que miran todo como si vieran siempre
cada cosa en sus vidas por primera vez

Los niños sensibles corretean tratando
de llegar a la curva del repecho
donde todo el camino en adelante
se hace cuesta abajo y como por azar
encuentran una estación de trenes
y un tren esperando la orden de salida
pero no hay peldaños de escalera
para subir a la plataforma de los vagones
el jefe de vestíbulo ha cerrado
a la una del mediodía para comer

Los niños sensibles suelen llorar a solas
incluso cuando les llega la vejez
y entonces en la vejez se les ponen
los ojos brillantes les gotea lana

el corazón y tienen mucho sueño
dejadles dejadles por favor dormir

Son ellos quienes saben mejor balancearse
en el parque en los balancines de muelle
con las niñas de uniforme de colegio
cortar las rosas por el tallo leer
complicados manuales de disecciones
anatómicas versos de poetas clásicos
los discursos de Cicerón en latín
pero tartamudean con frecuencia
ante cualquier apuro se sonrojan
en sus peores momentos confunden
el sur con el norte la derecha con la mano
izquierda los nombres de los emperadores
con los nombres de los mártires cristianos

Los niños sensibles suelen llorar a solas
columpiarse a solas en la inmensidad
hacerse pequeños según van creciendo
según le van midiendo las alas al cometa
de la vida para que vuele más lejos
para que no se vea el final ni sople
fuerte el viento para que el vientre
del sol les temple a ellos los labios
para que los cometas puedan también
ir más allá de las nubes que cubren
el azul del cielo como un manto gris

Los niños sensibles suelen llorar a solas
mojarse las botas de agua en los charcos
llenarse de charcos los ojos llenarse
las piernas las manos la boca de charcos
de regreso sí llegar cojeando a casa
porque un clavo les araña la planta del pie

Los niños sensibles suelen llorar a solas
morirse a solas cuando les llega la edad

(De *Al sur del norte*, 1982)

www.nevandoenlaguinea.com

Revista literaria Digital Trimestral
Nevando en la Guinea



[HTTP://www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)